

Venza el mal con el bien

No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien.

Romanos 12:21

La pacificación no siempre sale tan bien como nos gustaría. Si bien algunas personas se reconcilian de buen grado, otras se muestran empecinadas y actúan defensivamente, resistiéndose a nuestros esfuerzos por ser reconciliados. A veces hasta se vuelven más hostiles y encuentran nuevas formas de frustrarnos o maltratarnos. Nuestra reacción natural es responder a esta clase de personas atacándolas, o al menos dejando de hacerles algo bueno. Sin embargo, como hemos visto a lo largo de este libro, Jesús nos llama a tomar un curso de acción asombrosamente distinto: “Pero a ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los maltratan... Así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malvados. Sean compasivos, así como su Padre es compasivo” (Lucas 6:27, 28, 35, 36).

Desde la perspectiva del mundo, este enfoque parece ingenuo y parece admitir la derrota, pero el apóstol Pablo tenía un mejor criterio. Había aprendido que los caminos de Dios no son los caminos del mundo. También entendía el profundo poder que tenemos a través de Cristo. Cuando estuvo sometido a ataques personales intensos y repetidos, describió su respuesta con estas palabras: “Pues aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas. Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo” (2 Corintios 10:3–5).

Pablo se dio cuenta de que un verdadero pacificador está guiado, motivado y facultado por su identidad en Cristo. Esta identidad está basada en la fe en la promesa más asombrosa que hayamos podido escuchar jamás: Dios ha perdonado todos nuestros pecados y ha hecho las paces con nosotros a través de la muerte y resurrección de su Hijo. Y Él nos ha dado la libertad y el poder para volvernos del pecado (y el conflicto), para ser conformados a la imagen de Cristo, y para ser sus embajadores de la reconciliación (2 Corintios 5:16–20). Es la realización de quiénes somos en Cristo lo que nos inspira a hacer la obra antinatural de morir a nuestro yo, confesar el pecado, encarar los agravios de los otros amablemente, dejar de lado nuestros derechos y perdonar heridas profundas, aun cuando las personas persistan en oponerse a nosotros o maltratarnos.

Pablo entendió también que Dios nos ha dado armas divinas para usar en nuestra búsqueda de la paz. Estas armas incluyen la Biblia, oración, verdad, justicia, evangelio, fe, amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y autocontrol (Efesios 6:10–18; Gálatas 5:22, 23). Para muchos, estos recursos y cualidades parecen

endebles e inútiles al tratar con los problemas “reales”. Pero estas son las mismas armas que Jesús usó para derrotar a Satanás y para conquistar el mundo (ej: Mateo 4:1–11; 11:28–30; Juan 14:15–17). Dado que Jesús escogió usar estas armas en vez de recurrir a armas del mundo, nosotros deberíamos hacer lo mismo.

Romanos 12:14–21 describe cómo debemos comportarnos cuando usamos estas armas espirituales, especialmente al tratar con personas que se nos oponen o nos maltratan:

Bendigan a quienes los persigan; bendigan y no maldigan. Alégrese con los que están alegres; lloren con los que lloran. Vivan en armonía los unos con los otros. No sean arrogantes, sino háganse solidarios con los humildes. No se crean los únicos que saben. No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos. Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos. No tomen venganza, hermanos míos, sino dejen el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: “Mía es la venganza; yo pagaré”, dice el Señor. Antes bien, “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Actuando así, harás que se avergüence de su conducta”. No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien.

Este pasaje muestra que Pablo entendía el clásico principio militar de que la mejor defensa es una ofensiva eficaz. Él no propiciaba una respuesta pasiva al mal. En cambio, enseñaba que debíamos ir al ataque, no para derribar y destruir a nuestros oponentes, sino para ganarlos, para ayudarlos a ver la verdad y para traerlos a una relación correcta con Dios. Según indica este pasaje, hay cinco principios básicos que contribuyen a una ofensiva victoriosa. Ya nos hemos referido a la mayoría de estos principios en los capítulos anteriores, pero ahora volveremos a considerarlos para ver cómo podemos usarlos con personas que se han resistido persistentemente a nuestros esfuerzos por hacer las paces.⁵⁸

Controle su lengua

Cuanto más intensa se vuelve una disputa, más importante es que controle su lengua (Romanos 12:14). Cuando está involucrado en un conflicto prolongado, podría verse tentado fuertemente a caer en el chisme, la calumnia y palabras insensatas, especialmente si su oponente está diciendo cosas críticas acerca de usted. Pero si reacciona con palabras hirientes o chismes, sólo empeorará las cosas. Aun cuando su oponente hable maliciosamente en contra de usted, no responda de la misma forma. En cambio, haga todos los esfuerzos por transmitir gracia diciendo sólo lo que es tanto verdadero como útil, hablando bien de su oponente cada vez que sea posible, y usando palabras amables y gentiles. Como escribió Pedro: “No devuelvan mal por mal ni insulto por insulto; más bien, bendigan, porque para esto fueron llamados, para heredar una bendición” (1 Pedro 3:9; ver 1 Corintios 4:12, 13).

Además de impedir ofensas futuras, al controlar su lengua puede ayudar a mantener una actitud amorosa y una perspectiva precisa de su situación (ver capítulos 4 y 8). Como resultado, usted tenderá a pensar y comportarse de forma más sabia y constructiva que si se dedicara a toda clase de palabras críticas. En vez de minar el progreso adicional, usted estará preparado para aprovechar nuevas oportunidades para el diálogo y la negociación.

Busque consejeros piadosos

Como dice Pablo, es difícil combatir el mal solo (Romanos 12:15, 16). Por eso es importante desarrollar relaciones con personas que lo alienten y le den consejos bíblicamente sólidos. Estos amigos también deberían estar dispuestos a corregirlo y amonestarlos cuando vean que está equivocado (Proverbios 27:5, 6).

Los consejeros piadosos son especialmente útiles cuando usted está involucrado en un conflicto difícil y no está viendo los resultados deseados. Si la falta de un progreso notable lo lleva a dudar de los principios bíblicos que está siguiendo, se podría ver tentado a abandonar los caminos de Dios y recurrir a las tácticas del mundo. Una de las mejores formas de evitar alejarse del Señor es rodearse de personas sabias y espiritualmente maduras que lo alienten a mantenerse en una senda bíblica, aun cuando las cosas se pongan difíciles.

Siga haciendo lo bueno

Romanos 12:17 enfatiza la importancia de seguir haciendo lo bueno aun cuando parezca que su oponente nunca cooperará. Cuando Pablo dice: “Procuren hacer lo bueno delante de todos”, no significa que debemos ser esclavos de las opiniones de los demás. La palabra griega que se traduce “procuren” (*pronoeo*) significa ‘considerar el futuro, planificar anticipadamente o tomar precauciones cuidadosas’ (ver 2 Corintios 8:20, 21). Por lo tanto, lo que Pablo está diciendo es que uno debe planificar y actuar tan cuidadosamente y adecuadamente que toda persona razonable que esté observándolo termine por reconocer que lo que hizo estaba bien. Pedro enseñó el mismo principio cuando escribió:

Mantengan entre los incrédulos una conducta tan ejemplar que, aunque los acusen de hacer el mal, ellos observen las buenas obras de ustedes y glorifiquen a Dios en el día de la salvación... Porque ésta es la voluntad de Dios: que, practicando el bien, hagan callar la ignorancia de los insensatos... Pero háganlo con gentileza y respeto, manteniendo la conciencia limpia, para que los que hablan mal de la buena conducta de ustedes en Cristo, se avergüencen de sus calumnias.

1 Pedro 2:12, 15; 3:16

Este principio se ilustra dramáticamente en 1 Samuel 24:1–22. Cuando el rey Saúl estaba persiguiendo a David implacablemente a través del desierto, queriendo matarlo, Saúl entró imprudentemente en una cueva en cuyas profundidades estaban escondidos David y sus hombres. Sus hombres lo instaron a matar al rey, pero David se rehusó, diciendo: “No puedo alzar la mano contra el rey, porque es el ungido del Señor” (v. 10b). Luego de que Saúl saliera y se alejara de la cueva, David salió detrás de él. Cuando Saúl se dio cuenta de que David lo podría haber matado, tuvo una profunda convicción de su pecado y dijo:

Has actuado mejor que yo... Me has devuelto bien por mal. Hoy me has hecho reconocer lo bien que me has tratado, pues el Señor me entregó en tus manos, y no me mataste. ¿Quién encuentra a su enemigo y le perdona la vida? ¡Que el Señor te recompense por lo bien que me has tratado hoy! Ahora caigo en cuenta de que tú serás el rey, y de que consolidarás el reino de Israel.

Años después, la predicción de Saúl se cumplió, y David ascendió al trono de Israel. La determinación de David de obedecer a Dios y seguir haciendo lo correcto evitó que dijera e hiciera cosas que luego habría lamentado. Como resultado, todos sus enemigos fueron superados o derrotados finalmente. Miles de años después, la gente sigue tomando nota de la rectitud de David.

He visto a muchos otros que se propusieron seguir haciendo lo correcto aun en situaciones terriblemente dolorosas. Cuando su esposa Karina se divorció de él y se fue a vivir con su novio de la secundaria, Juan estaba destruido, especialmente cuando su iglesia no quiso hacer nada para tratar de salvar su matrimonio. Pero él tomó de la gracia de Dios y resistió la tentación de ceder a la autoconmiseración o amargura. Se rehusó a criticar a Karina, especialmente frente a sus hijos. Hizo lo imposible para adecuarse a su programa de visitas, siempre cambiante. Por sobre todo, siguió orando por Karina, y cada vez que hablaban, le pedía a Dios que lo ayudara a hacerlo con amor genuino y amabilidad.

Aproximadamente un año después, Karina estaba peleándose continuamente con su novio. Al comparar el comportamiento de él con la amabilidad constante de Juan ante la traición de ella, comenzó a darse cuenta del terrible error que había cometido. Temblando, le preguntó a Juan si había alguna posibilidad de que volvieran a estar juntos. Para su asombro, él dijo que sí, y sugirió que comenzaran a tener sesiones de consejería con el pastor de su nueva iglesia. Ocho meses después, sus hijos tuvieron el gozo de ver a sus padres renovar sus votos y volver a tener la familia unida.

Independientemente de que Karina volviera con él o no, la decisión de Juan de seguir haciendo lo bueno honró a Dios. Su comportamiento fue también un poderoso testimonio para sus hijos del amor y el perdón de Cristo. Y luego supo que su ejemplo había ayudado a otros divorciados a responder a sus ex cónyuges amablemente, aun cuando ninguno de ellos volvió. Según demostró Juan, hacer lo bueno, aun ante un trato injusto, siempre es el camino más seguro para transitar.

Reconozca sus límites

Al tratar con personas difíciles, es importante también reconocer sus límites. Aun cuando siga haciendo lo bueno, algunas personas podrán rehusarse firmemente a reconocer que usted está en lo correcto o a vivir en paz con usted. Por eso Pablo escribió: “Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos” (Romanos 12:18). En otras palabras, haga todo lo que pueda para reconciliarse con los demás, pero recuerde que usted no puede forzar a los demás a hacer lo correcto. Si ha hecho todo lo que está en su poder para resolver un conflicto, ha cumplido con su responsabilidad ante Dios y podrá dejar de intentar resolver el problema activamente. Si las circunstancias cambian y tiene nuevas oportunidades para buscar la paz con un oponente, ciertamente deberá intentar hacerlo. Entretanto, sin embargo, no es necesario ni prudente gastar tiempo, energía y recursos preocupándose por alguien que se rehúsa obstinadamente a ser reconciliado.

Será más fácil aceptar sus límites si tiene una visión bíblica del éxito. El mundo define al éxito en términos de lo que una persona posee, controla o logra. Dios define al éxito en términos de obediencia fiel a su voluntad. El mundo pregunta: “¿Qué resultados has logrado?”. Dios pregunta: “¿Fuiste fiel a mis caminos?”. Como vimos en el capítulo 3, el Señor controla el resultado último de todo lo que usted hace. Por lo tanto, Él sabe que aun

sus mejores esfuerzos no siempre lograrán los resultados que usted desea. Por eso Él no lo responsabiliza por resultados específicos. En cambio, le pide una sola cosa: obediencia a su voluntad revelada. “Teme, pues, a Dios y cumple sus mandamientos, porque esto es todo para el hombre” (Eclesiastés 12:13b). Si usted ha hecho todo lo que puede para ser reconciliado con una persona, ha cumplido con su deber y es un éxito a los ojos de Dios. Deje que Él siga de ahí en adelante.

Un aspecto esencial de reconocer sus límites es rechazar la tentación de vengarse personalmente de alguien que está haciendo lo malo (o aun soñar hacerlo). Pablo nos recuerda que Dios es responsable de hacer justicia y de castigar a quienes no se arrepienten (Romanos 12:19). Proverbios 20:22 ordena: “Nunca digas: ‘¡Me vengaré de ese daño!’”. Confía en el Señor, y él actuará por ti” (ver 24:29). Dios tiene muchos instrumentos que puede usar para llevar a las personas malvadas a la justicia y librarlo a usted de ellas. Entre otras cosas, puede usar a la iglesia (Mateo 18:17–20), los tribunales civiles (Romanos 13:1–5) o aun Satanás (1 Corintios 5:5; 1 Timoteo 1:20) para tratar con las personas que no se quieren arrepentir.

En vez de hacer justicia con sus propias manos, respete y coopere con los métodos de Dios para tratar con personas que persisten en hacer lo malo. A veces esto puede involucrar la disciplina eclesiástica, y en otros casos podría ser adecuado que usted use el litigio (ver el Anexo D). En algunos casos, sin embargo, todo lo que puede hacer es esperar que Dios trate con las personas de su propia forma (ver Salmos 37 y 73). Si bien los resultados de Dios podrán llegar más lentamente de lo deseado, siempre serán mejores que todo lo que usted pueda hacer por su propia cuenta.

Use el arma **última**

El principio final para responder a un oponente obstinado se describe en Romanos 12:20, 21: “Antes bien, ‘Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Actuando así, harás que se avergüence de su conducta’. No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien”. Esta es el arma última: *amor deliberado y enfocado* (ver Lucas 6:27, 28; 1 Corintios 13:4–7). En vez de reaccionar rencorosamente ante quienes lo maltratan, Jesús quiere que discerna las necesidades más profundas de ellos y, al hacerlo, podrá suplir esas necesidades. A veces esto requerirá ir a ellos y mostrarles sus faltas. En otras ocasiones, tal vez haya necesidad de misericordia y reconciliación, paciencia y palabras de aliento. Hasta podrá tener oportunidades de brindar ayuda material y financiera a quienes menos la merecen o esperan de usted.

La referencia de Pablo, “harás que se avergüence de su conducta” (“ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza”, *Reina-Valera 1960*), indica el poder irresistible del amor deliberado y enfocado. Los ejércitos antiguos a menudo usaban ascuas o tizones ardientes para alejar a los atacantes (Salmos 120:4). Ningún soldado podía resistir esta arma mucho tiempo, ya que terminaba por vencer aun al atacante más determinado. El amor tiene el mismo poder irresistible. En el peor de los casos, amar activamente al enemigo lo protegerá a usted de ser vencido espiritualmente por la ira, la amargura y la sed de venganza. Y, en algunos casos, su amor activo y determinado por su oponente podrá ser usado por Dios para llevar a esa persona al arrepentimiento”.⁵⁹

Este amor poderoso se refleja vívidamente en el maravilloso libro de Ernest Gordon, *To End All Wars* (titulado previamente *Through the Valley of the Kwai*). Gordon fue capturado por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial y forzado, junto con otros prisioneros

británicos, a sufrir años de tratamiento espantoso mientras construían el tristemente célebre “Ferrocarril de la Muerte” a través de Tailandia. Confrontado con el hambre y la enfermedad de los campos de prisioneros y la brutalidad de sus captores, que mataron a cientos de sus camaradas, Gordon sobrevivió volviéndose un ejemplo inspirador del triunfo del amor cristiano sobre la maldad humana.

Este amor brilló especialmente un día cuando Gordon y sus compañeros de prisión se encontraron con un tren cargado de soldados japoneses heridos que estaban siendo transportados a Bangkok. Así describe Gordon la obra de gracia de Dios:

Estaban solos y sin cuidado médico... Sus uniformes tenían incrustaciones de barro, sangre y excremento. Sus heridas, severamente inflamadas y llenas de pus, estaban infestadas de gusanos. Podíamos entender ahora por qué los japoneses eran tan crueles con sus prisioneros. Si no cuidaban de los suyos, ¿por qué habrían de hacerlo con nosotros?

Los hombres heridos nos miraban desoladamente, sentados con sus cabezas apoyadas contra los vagones, esperando la muerte con actitud fatalista. Eran desechos de la guerra, sin un lugar adonde ir y sin nadie que los cuidara...

Sin decir palabra, la mayoría de los oficiales de mi sección se quitaron sus mochilas, sacaron parte de sus raciones y uno o dos trapos y, con las cantimploras de agua en las manos, se acercaron al tren japonés para ayudarlos. Nuestros guardias trataron de deternos... pero los ignoramos y nos arrodillamos junto a nuestros enemigos para darles alimentos y agua, curar y vendar sus heridas, y sonreírles y decirles una palabra amable. Cuando nos fuimos, nos seguían los gritos agradecidos que decían “*¡Arigato!*” (“¡Gracias!”)...

Contemplé a mis camaradas con asombro. Dieciocho meses atrás se hubieran unido de buena gana para destruir a nuestros captores si hubieran caído en nuestras manos. Ahora estos mismos hombres estaban vendando las heridas de los enemigos. Habíamos experimentado un momento de gracia, allí en esos vagones manchados de sangre. Dios había atravesado las barreras de nuestro prejuicio y nos había dado la voluntad de obedecer su mandato: “Amarás”.⁶⁰

La mayoría de nosotros nunca nos veremos sometidos a esta clase de abusos ni tendremos que atravesar un abismo tan grande para amar a quienes nos hayan agraviado. Por lo tanto, debemos tener en mente historias como la de Ernest Gordon y Corrie ten Boom cuando somos desafiados a amar al enemigo. Los mismos principios se aplican independientemente de cuán grande o pequeño sea el conflicto. Al amar a nuestros enemigos y buscar suplir sus necesidades, podemos glorificar a Dios y proteger nuestras almas del ácido de la amargura y el resentimiento, tal como hicieron Gordon y sus camaradas. Y, en algunos casos, Dios podrá usar nuestros actos amorosos para ablandar el corazón de nuestros oponentes.

Tengo la bendición de tener una esposa que me ha amado así vez tras vez. Una noche tuvimos un desacuerdo tan fuerte que nos fuimos a la cama sin reconciliarnos. (Sí, rompimos el mandamiento de no dejar que el sol se ponga sobre nuestro enojo.) Mientras estábamos acostados mirando en direcciones opuestas, surgió una competencia extraña. Sin que ninguno de nosotros dijera una sola palabra, acordamos tácitamente que “el que primero se mueve es débil”. Yo no iba a ceder un centímetro hasta que Corlette no se

moviera. Ella estaba tan determinada como yo de no moverse hasta que yo lo hiciera. Así que nos quedamos acostados allí como dos cuerpos congelados.

Pronto me encontré sintiendo muchísimo frío. Había estado tan distraído cuando me metí en la cama que no me había tirado la colcha encima. Era invierno, y acostumbrábamos dormir con la ventana del dormitorio abierta, así que pronto la habitación se puso bien fría. Pero yo estaba tan atrapado en mi orgullo obstinado que rehusé moverme y tirar la colcha encima.

Luego de unos minutos, comencé a temblar de frío. Corlette lo sintió a través del colchón y lentamente giró la cabeza (¡para que no me diera cuenta de que se estaba moviendo!) para ver lo que pasaba. Su tonto y obstinado esposo estaba arrinconado, y necesitaba ayuda para salir. Renunciando a su deseo de ganar una ridícula competencia de voluntades, Corlette hizo el primer movimiento. Se agachó, tiró de la colcha que estaba a mis pies y la tiró lentamente sobre mis hombros.

En unos instantes estaba temblando aún más, pero no de frío. Su gesto amoroso era tan inmerecido que derritió mi corazón. Mi ira y orgullo se disolvieron, y finalmente vi cuánto había pecado contra ella. Con lágrimas de pena, me volví a Corlette y experimenté el gozo y la libertad que viene de hacer las paces.

Hay mucha sabiduría y poder en estas simples palabras: “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Actuando así, harás que se avergüence de su conducta’. No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien”.

Resumen y aplicación

Los principios descritos en Romanos 12:14–21 son aplicables a cada etapa de un conflicto, y se repiten a lo largo de la Biblia: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. “Traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes”. “Pasar por alto la ofensa”. “Si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde”. “Hablar la verdad con amor”. “Velar no sólo por sus propios intereses sino también por los intereses de los demás”. “Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes”. “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien”.

Aplicar estos principios puede ser difícil, pero siempre vale la pena el esfuerzo, porque Dios se deleita trabajando en y a través de nosotros cuando lo servimos como pacificadores. Como promete Pablo: “Por lo tanto, mis queridos hermanos, manténganse firmes e inmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58).

Si usted está actualmente involucrado en un conflicto, estas preguntas lo ayudarán a aplicar los principios presentados en este capítulo.

1. ¿En quién confía usted para guiar sus respuestas a este conflicto?
2. ¿Qué armas del mundo ha estado usando, o se siente tentado a usar, en esta situación?
3. ¿Cómo puede el evangelio de Jesucristo guiarlo, motivarlo y facultarlo desde este punto en adelante?

4. ¿Ha estado usando su lengua para bendecir a sus oponentes o para hablar críticamente de ellos? ¿De qué forma podría transmitirles gracia en los días que vienen?
5. ¿A quiénes puede recurrir para recibir consejos piadosos y aliento?
6. ¿Qué puede seguir haciendo en esta situación que es correcto?
7. ¿Ha hecho todo lo que está en su poder para vivir en paz con su oponente? ¿Es apropiado recurrir a autoridades eclesiásticas o civiles para buscar ayuda para resolver esta disputa?
8. ¿Qué necesidades tiene su oponente que Dios podría querer que usted trate de suplir? En otras palabras, ¿cómo puede usar amar a su oponente de una forma deliberada y centrada?
9. Anote en su cuaderno, delante el Señor, una oración basada en los principios aprendidos en este capítulo.